

# La voz incómoda de Pasolini

Autoría: Francisco Martínez Hoyos

Afiliación: Doctor en Historia

| SECCIÓN                | PÁGINAS | IDENTIFICADOR       |
|------------------------|---------|---------------------|
| Divulgación y revisión | 181-189 | TDL-80-2023-181-189 |

## TIPO DOCUMENTAL

Ensayo biográfico e intelectual

## RESUMEN DOCUMENTAL

Perfil intelectual de Pier Paolo Pasolini como escritor, cineasta y polemista difícil de encasillar. El autor destaca su heterodoxia, su disposición a sostener posiciones impopulares y sus críticas simultáneas al capitalismo, al consumismo, a la izquierda convencional y a determinadas formas de modernización. El artículo presenta a Pasolini como una voz incómoda que buscó comprender los cambios sociales y antropológicos de la Italia de posguerra desde una relación directa con sectores populares y marginales.

## PALABRAS CLAVE

Pier Paolo Pasolini · Italia · intelectuales · marxismo · consumismo · cine · crítica social

## CITA BIBLIOGRÁFICA

Francisco Martínez Hoyos. «La voz incómoda de Pasolini». Torre de los Lujanes, n.º 80, 2023, pp. 181-189. ISSN 1136-4343.

## La voz incómoda de Pasolini

**Por**  
***Francisco***  
***Martínez Hoyos***  
Doctor en Historia

Incluso en sus errores, el escritor y cineasta italiano Pier Paolo Pasolini es increíblemente grande. Sus críticos, en cambio, nos parecen mezquinos. Pasolini encarnó al intelectual incómodo por su insobornable heterodoxia, desde una lucidez enemiga de cualquier forma de corrección política. Fue, por eso, un hombre imposible de someter a un esquema clasificatorio fácil. Sin duda porque tenía claro que su primer deber era no tener miedo de la impopularidad. Sus intervenciones son un modelo de coraje se esté o no de acuerdo con ellas, más allá de las contradicciones que en él, como en cualquier ser humano, se perciben entre las ideas y la praxis. Era marxista, pero no por ello dejaba de amar la riqueza. Defendía una nueva moral sexual, pero no por ello dejaba de recurrir a la prostitución. Sus flaquezas

personales, sin embargo, no le restan un ápice de clarividencia a una obra llena de intensidad.

No le importaba sostener su sentido de la racionalidad en solitario contra todos, convencido, como Jesucristo, de que su obligación no era ser diplomático sino decir la verdad. La suya era una apuesta desafiante por la radicalidad, no por las componendas inherentes a la política. Escribir no tenía sentido sino era para expresarse con libertad, con una independencia que necesitaba defender con la ferocidad de un león. No aceptaba otro compromiso que la responsabilidad hacia sus lectores.

Marxista convencido, no dejó por eso de ser un disidente, más atento a los hechos que a reverenciar viejas teorías. Abominaba del estalinismo y veía en los países del otro lado del Telón de acero una revolución fallida, donde el poder lo ocupaba una élite y los trabajadores no controlaban su propio destino. Tampoco se identificaba con una ideología antirreligiosa. Propugnaba, por el contrario, propugnaba el acercamiento a los católicos que de verdad seguían el Evangelio contra el enemigo común, el materialismo ateo del mundo capitalista.

No intentó hacer sincretismos fáciles entre la hoz y el martillo por un lado y la cruz por otro, consciente de sus distintas concepciones de la vida, pero no por ello dejó de valorar la espiritualidad profunda del pensamiento marxiano. Apreciable, por ejemplo, en el sentimiento de piedad hacia el prójimo o en la entrega ascética a un ideal. Aunque, por otra parte, también reconocía que, en muchos aspectos, la tradición marxista nada tenía que ofrecer al ser humano ante grandes interrogantes del ser humano, como la incertidumbre, el dolor y la muerte, para los que el cristianismo sí tenía respuestas.

De lo que se trataba, a su parecer, era de establecer un diálogo entre unos y otros capaz de superar los viejos prejuicios de sus respectivas trincheras. Estaba convencido de que, en el futuro, las

contradicciones no serían tan decisivas. Los miembros de la Iglesia podrían aceptar un cambio de las estructuras de la sociedad mientras los del partido podrían creer en Dios.

A diferencia de un mecanicismo que propugnaba el crecimiento económico como antesala del socialismo, Pasolini dirigía su crítica, implacable, contra una falsa modernidad basada en el espejismo de un desarrollo puramente cuantitativo. El bienestar de unos tenía, como inevitable contrapartida, el malestar de otros. Por eso, lejos de celebrar la recién adquirida prosperidad de su país, veía Italia como un gran tugurio en el que los propietarios habían conseguido adquirir un televisor. Eso bastaba para convertirlos, a ojos de sus vecinos, en “ricos”.<sup>1</sup> El sistema engatusaba a los pobres para que no tuvieran otro horizonte que imitar la vida vulgar de los poderosos. Por eso, frente a la idolatría del triunfo a toda costa, propugnaba una moral de la derrota que disuadiera a la gente de la tentación de escalar posiciones en la escala social como objetivo supremo de la vida.

Como una nueva Casandra, el autor de los *Escritos corsarios* advertía que la Italia de los sesenta no iba a mejor sino a peor. Existía un corte profundo entre el Norte industrial y el Sur depauperado, poseedor del “aire asustado de una colonia”. El centralismo fascista, en su opinión, no había sido tan nefasto como el de la sociedad de consumo a la hora de destruir formas las formas de vida tradicionales de campesinos y proletarios. Éstos, en tiempos de Mussolini, se limitaban a prestar al sistema su adhesión de palabra. La democracia capitalista, en cambio, les ha robado su espíritu al imponer un mundo basado en la superficialidad más implacable. La Televisión, con su espíritu totalitario, ha reducido la vieja diversidad del país a una terrible uniformidad.

---

<sup>1</sup> Pasolini, Pier Paolo. *Todos estamos en peligro. Entrevistas e intervenciones*. Madrid. Trotta, 2018, p. 99.

¿Había cambiado algo entre el fascismo y la democracia italiana de los setenta? Nada sustancial, según Pasolini. Entre ambos periodos existía una continuidad básica, no una ruptura. El gobierno demócrata-cristiano, a sus ojos, no es otra cosa que un “régimen policial parlamentario”.

Sus palabras, una poderosa mezcla de argumentación y cólera, parecen quemar. Guarda el máximo desprecio para su gran enemigo, la burguesía, en la que percibe toda suerte de bajezas morales: cinismo, ignorancia, ferocidad... Este inmenso monstruo constituye una amenaza para la paz social, al ejercer un dominio basado en los contravalores de la deshumanización. Todos los males de la Tierra, según Pasolini, se identifican con el universo mesocrático.

Precisamente por este intenso odio antiburgués, su postura hacia los estudiantes que protagonizaron las revueltas del 68 no fue precisamente admirativa. Veía en ellos unos hijos de papá que no hacían la revolución, como los trabajadores cada vez que ocupaban una fábrica. Ocupar la Universidad, por el contrario, no iba más allá de hacer la guerra civil en el sentido de que los cachorros de la burguesía se volvían contra su clase social: burgueses contra burgueses. Los estudiantes, por tanto, no aspiraban a cambiar el mundo sino tan solo a gobernar el que habían heredado de sus mayores. En un célebre y provocativo poema, nuestro protagonista escribió que, cuando los estudiantes se enfrentaban a la policía, su simpatía estaba con los agentes. Porque ellos sí eran hijos de pobres, gente procedente de la periferia urbana o campesina. ¿Una muestra de apoyo a las fuerzas del orden? Más bien una forma escandalosa de expresar su odio a todo lo burgués. No olvidemos que no estamos ante un ensayo sino frente a un poema, por lo que hay que distinguir entre el contenido y el artificio retórico, en el que hallamos el típico gusto del autor por el cultivo de la paradoja. Aunque, por otra parte, detrás de la exa-

geración, hay una denuncia muy seria de un fenómeno inquietante: considera que la izquierda está colonizada por los mismos enemigos de clase a los que en otro tiempo se proponía combatir.<sup>2</sup>

Arremetió, con similar iconoclastia, contra los denominados “melenudos”. El pelo largo de los hippies no le parecía un signo de rebeldía sino el signo de identidad de una minoría de privilegiados que parecían gritar, con su falsa rebeldía, lo burgueses que eran en el fondo. Los jóvenes tenían que saber que sus cabelleras, con la nueva moda, solo reflejaban un gusto vulgar: “Es más, ha llegado el momento de que ellos mismos se liberen de esta ansia culpable de atenerse al orden degradante de la horda”.<sup>3</sup> El término que utiliza nuestro autor, “horda”, es significativo. Cree que los rebeldes del 68, con su indumentaria poco convencional, no se afirman como individuos sino que se limitan a seguir, como niños obedientes, los dictados tribales de su grupo.

Se le acusó de misoginia, pero este cargo no parece bien fundamento cuando se leen sus palabras contra el papel decorativo de la mujer en televisión, reducida a una mercancía, a un simple elemento decorativo. Lo que sí es cierto es que colisionó con las doctrinas del progresismo al uso. La libertad sexual le parecía regresiva, al favorecer el desahogo del varón sin necesidad de una implicación emocional. La revolución sexual no implicaba ningún cambio significativo, simple concesión hecha por el poder. El coito, lejos de ser un acto liberador, se había convertido en una nueva obligación social. En el caso de la mujer, la libertad para disponer de su cuerpo no significaba nada si no iba acompañada de libertad cultural. Por otra parte, Pasolini no pensaba que el hombre fuera el único culpable de

<sup>2</sup> Dalmau, Miguel. *Pasolini. El último profeta*. Barcelona. Tusquets, 2022, pp. 346-347, 350.

<sup>3</sup> Pasolini, Pier Paolo. *Escritos corsarios*. Barcelona. Galaxia Gutenberg, 2022, pp. 24-25.

situación femenina desde el momento en que ellas habían aceptado la injusticia y se habían acomodado a la misma.

Juzgaba el feminismo, polémicamente, como una doctrina de extremistas. ¿Rechazaba, pues, la igualdad? En absoluto. Puesto que la aceptaba, entendía que debía relacionarse de forma crítica tanto con las mujeres como con los hombres. No criticar a una mujer por ser mujer equivalía a afirmar la superioridad masculina. Nada de misoginia, pues. Si acaso, misantropía, lo que equivale a repartir la desconfianza en el género humano de forma equitativa entre ambos sexos.

Polemizó con el feminismo en un punto muy importante, el aborto, que le inspiraba el máximo rechazo como “legalización del homicidio”. El carácter sagrado de la vida le parecía un principio esencial, muy superior a cualquier otro valor de la democracia y que entraba dentro del reino de lo obvio. Entendía que los abortistas no defendían con solidez su causa al apelar a postulados pragmáticos, no a cuestiones de principio. Le parecía contradictorio que las mismas personas que, en otros temas, defendían el idealismo del “debe ser”, en este problema se decantaran por una descarnada *realpolitik*.<sup>4</sup> No obstante, su desacuerdo no le llevaba a despreciar a las mujeres que abortaban. Eso nunca.

Su mirada era la de un esteta. Por eso prefería la represión a la tolerancia. Porque de la brutalidad podía surgir la belleza de una gran tragedia, podía brotar el heroísmo. Ser tolerado, en cambio, equivale a que te perdonen la vida, a ser condenado a la condición de rareza, apta para ser expuesta en una vitrina, sin que sea posible establecer un espacio para el auténtico respeto a la alteridad. El poder, de esta forma, da permiso al diferente para existir. Pasolini no podía concebir mayor humillación. “La única tolerancia tolerable es la que carece de límites: si a la tolerancia se le pone un límite cual-

---

<sup>4</sup> Pasolini, *Escritos corsarios*, p. 123.

quiera resulta fatalmente no ser más que una forma enmascarada de represión”.<sup>5</sup>

Pasolini, una y otra vez, pone el dedo en la llaga. Como cuando denuncia el cómodo antifascismo de los que actúan como si el enemigo fuera exactamente igual que bajo la dictadura de Mussolini. En otra época, según nuestro autor, a un fascista y un antifascista se les podía reconocer por la vestimenta, incluso por una simple mirada. Pero, con el triunfo de la sociedad de consumo, esa diferencia ha dejado de saltar a la vista. Todos comparten los valores hedonistas del capitalismo, inmersos en un mundo que sustituye la riqueza de la antigua pluralidad por una homogeneización despiadada. El fascismo actual, en consecuencia, no debe ser confundido con el del pasado. Sería mucho más terrible porque, a través de la sociedad de consumo, impone una disciplina más terrible y bastante más interiorizada que la de los años veinte y treinta.

Por otra parte, los que se autodenominan demócratas, en la práctica, exhiben unos valores autoritarios que se acercan demasiado a los del rival que combaten. Lo difícil es luchar contra esta ideología comúnmente aceptada, basada en el egoísmo brutal. En cambio, es sencillo oponerse a los aspectos más grotescos de los que representaba un líder tan bufonesco como el Duce. Pasolini cree, en un exceso de optimismo, que a un tipo tan ridículo lo hubiera destruido la televisión. Después de ver a Silvio Berlusconi, Donald Trump o Boris Johnson, uno no puede estar tan seguro.

Otro vicio de los demócratas es el de estigmatizar a los jóvenes que han caído en el fascismo a falta de otro punto de referencia. Pasolini sugiere que dialoguemos con ellos en lugar aplastarlos con nuestra superioridad moral: “No hemos hecho nada para que no haya fascistas. Nos hemos limitado a condenarlos gratificando

---

<sup>5</sup> Pasolini, *Todos estamos en peligro*, p. 384.



nuestra conciencia con nuestra indignación”.<sup>6</sup> Estas palabras, como poderosos aldabonazos, nos invitan a no refugiarnos en la auto-complacencia o el fatalismo. De caer en esas tentaciones, los resultados pueden llegar a ser penosamente contraproducentes. Tal vez aquellos muchachos, atraídos por el lado oscuro de la política, solo necesitan saber encauzar bien su idealismo y la rabia desesperada que sienten contra un mundo mediocre e injusto. Resulta una blasfemia, por tanto, aceptar sin crítica que están predestinados al mal. Es posible, además, que acaben destruyendo todo lo que representa la burguesía, con su odio y su cinismo. De ahí que, no sin humor negro, Pasolini acabe deseando a los antifascistas que les salgan hijos fascistas.

Las denuncias al pensamiento único no pasan, demasiado a menudo, de excusa para proponer nuevas ortodoxias. Por eso resulta tan refrescante encontrar una palabra tan absolutamente libérrima e impertinente, capaz no solo de plantear un desafío a los dogmas de los señores del mundo sino enfrentarse a los que, bajo apariencias de liberación, nos traen nuevas formas de servidumbre. Pasolini es extremista, de acuerdo. Pero es que, con las cosas realmente esenciales de la vida, la negociación es inmoral además de imposible. Porque la libertad, si no es completa, no es.

No nos encontramos, es evidente, ante un intelectual típico que sigue una carrera prefijada entre sus pares, entregado solo a las cuestiones académicas. En lugar de permanecer en este ámbito elitista, nuestro hombre desafió sus condicionamientos sociales para abrirse al mundo campesino, obrero y subproletario. De ahí que cuestionara tan duramente una democracia “formal” en la que los grandes ganadores eran los que más dinero tenían, en medio de grandes

---

<sup>6</sup> Pasolini, Pier Paolo. *El fascismo de los antifascistas*. Barcelona. Galaxia Gutenberg, 2021, p. 39.

desastres económicos, urbanísticos, ecológicos y antropológicos. Sin embargo, no comulgaba por ello con el obrerismo puramente teórico de cierta izquierda, basado más en una idea abstracta que en el conocimiento de personas reales. Sabía, como los hechos se encargarían de demostrar, que ciertas rebeldías, más aparentes que auténticas, solo son el preludio de la integración en el sistema.